

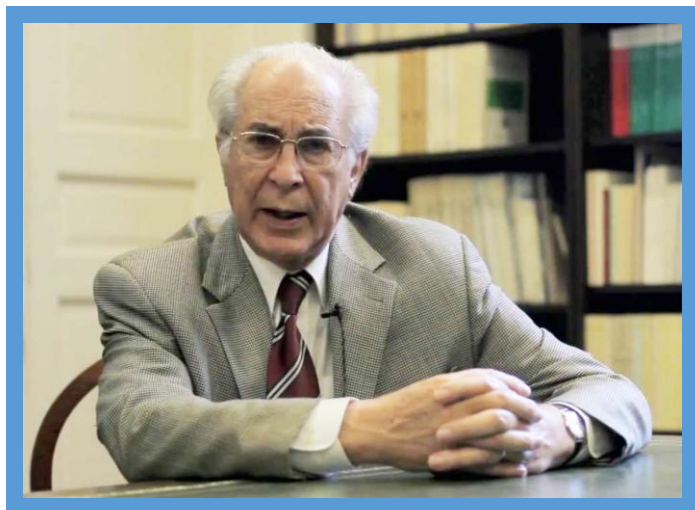


Es un honor para la **Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (ANCEFN)** presentar esta hermosa semblanza del trabajo de nuestro Académico **Dr. Mario Mariscotti**. Es un pequeño homenaje a su colaboración con nuestra Academia, pero sobre todo con el desarrollo de la Ciencia y la Técnica en el país.

El Dr. Mariscotti fue nombrado Miembro Titular de la ANCEFN en 1986 y fue Presidente de la Academia entre 1994 y 1998. Fue Director de I&D de la CNEA y fue el impulsor y primer Presidente de la ANPCyT entre 1996 y 1999, así como Miembro del Directorio de la CIC entre 2002 y 2007. Además de numerosos y reconocidos trabajos científicos en física nuclear, tiene 30 publicaciones en historia de la ciencia, política científica, artículos de divulgación científica y física aplicada, además de diversas patentes. Ha recibido además importantes distinciones; la última ha sido la Medalla de Honor al Mérito Nuclear en la categoría Influencia Latinoamericana, otorgada por la Asociación Brasileña para el Desarrollo de Actividades Nucleares en 2025.

¡Muchas gracias, Mario!

Alicia Dickenstein
Presidente ANCEFN
7 de agosto de 2026



MARIO MARISCOTTI, el científico total, testigo y protagonista de más de seis décadas de ciencia argentina.

Corría enero de 1992. En el edificio Ática de Pinamar, se desprende un balcón del séptimo piso y cae al vacío. Mueren cuatro chicos. La noticia recorre el país, pero, como suele suceder, al cabo de unos días deja paso a otras tragedias cotidianas. Nada en este hecho lo vincularía con la ciencia local, si no fuera porque se convirtió en el germen de un desarrollo tecnológico inédito: la “tomografía de hormigón armado”, una forma de evaluar el estado de las estructuras internas de una construcción sin necesidad de destruirla.

La innovación se originó cuando, al leer la noticia, un físico nuclear se puso a pensar cómo podría hacer un ingeniero civil para saber si ese balcón iba a resistir. El nombre de ese científico es **Mario Mariscotti**. Graduado en física en la UBA, había investigado en el Brookhaven National Laboratory de los Estados Unidos, en el Institut Laue-Langevin, de Francia, en la Universidad de Manchester, Inglaterra, y en el Institut für Kernphysik de Alemania, había sido Jefe del

Departamento de Física y Director de Investigación y Desarrollo de la Comisión Nacional de Energía Atómica, y ya unos años antes había ayudado al capataz de una empresa de telefonía a desenmascarar una estafa utilizando una fuente radiactiva y un contador Geiger para probar cuánto hormigón había aplicado un contratista para construir un túnel.

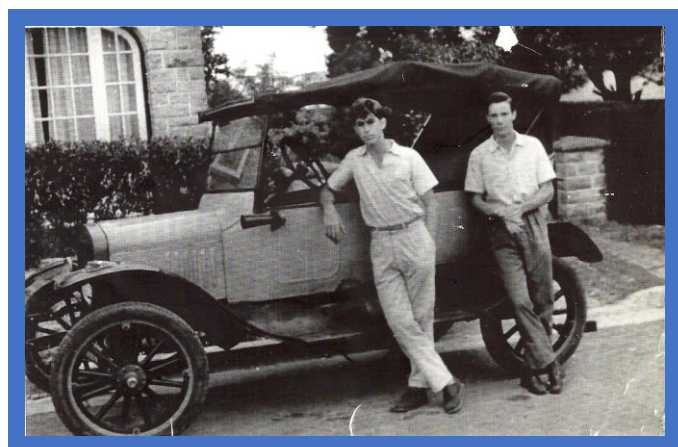
Hoy, tras más de sesenta años dedicados a la investigación en física nuclear, a la ges-



tión de organismos científicos (fue presidente de la **Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales**, y primer presidente de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, entre otros cargos) y a la actividad privada, como director-fundador de su compañía, **Tomografía de Hormigón Armado S.A. (Thasa)**, sorprende por su vitalidad que no es excesivo denominar “juvenil”. Escuchándolo, se advierte que es la feliz conjunción de una mente varias décadas menor, pero al mismo tiempo con la experiencia y la sabiduría de quien fue testigo privilegiado y protagonista de la escena científica nacional prácticamente desde el nacimiento de la figura del científico profesional.

De la mecánica a los núcleos atómicos

Nacido en Caballito, Buenos Aires, el 12 de noviembre de 1939 y criado en Belgrano, Mariscotti se formó en una familia sin otros miembros ligados a la investigación. “Mi papá era arquitecto –recuerda–, mi mamá poseía inclinaciones hacia la pintura y la música, pero fue esencialmente ama de casa. De alguna manera a mi hermano y a mí nos estimuló para que nos interesáramos en los autos, de modo que cuando él tenía 18 y yo, 16, compramos un Ford T, me leí un libro de 500 páginas sobre la mecánica de ese auto y me volví fanático.



Lo fundimos yendo a Mar del Plata a toda velocidad, lo volvimos a arreglar, lo volcamos en un autódromo, lo volvimos a arreglar, lo vendimos, compramos otro, lo vendimos... De modo que cuando llegó el momento de entrar a la universidad, para mí estaba claro que tenía que ser ingeniero mecánico. Pero pasó algo extraño. Al cabo del primer año, un amigo y compañero, Max Dickmann [matemático argentino luego radicado en Francia], que había ingresado junto conmigo a ingeniería, me dice que se va a estudiar matemática.

Recuerdo que le pregunté ‘¿Y dónde se estudia matemática?’ Yo no sabía que había una Facultad de Ciencias Exactas. Cuando él me dijo que se iba allí, le pregunté si también se cursaba física y a los pocos días me cambié de carrera.

Fue un pequeño escándalo en la familia, porque en 1958 se preguntaban de qué iba a vivir, ya que en esa época investigar era considerado prácticamente un lujo. No podría explicarlo, creo que sentí una vocación interna, porque lo cierto es que no dudé ni un instante; cuando supe que se podía estudiar física, me fui a la ciencia”.

Ya en Exactas, mientras cursaba la licenciatura en tiempo récord, la física nuclear llegó a su vida de la mano de dos maestros, **Carlos Mallmann y Daniel Bes**. Era 1961 y el primero le propuso que, como tema de tesis de licenciatura, intentara construir un detector para medir la masa del neutrino, pero muy pronto debió partir intempestivamente hacia Bariloche para reemplazar a **José Antonio Balseiro**, que estaba muy en-



fermo. Fue Bes quien lo acompañó hasta el final del trabajo.

“Me faltaba poco para graduarme y me tocó cursar física nuclear con Mallmann, una persona que yo admiraba y respetaba mucho, y al que le pedí que me dirigiera en el trabajo de seminario –cuenta–. Estaba muy entusiasmado, pero me quedé ‘huérfano de profesor’ bastante pronto, y le pedí ayuda y apoyo a Daniel Bes.

Por otro lado (nunca me olvido, porque son esas cosas que me causan gracia), un día, un colega mayor que yo, **Alberto Jech**, me pone el brazo por encima del hombro y me dice ‘¿Pibe, no querés venir al grupo de nuclear?’ Y yo le contesté que sí, ¿cómo no? En ese momento, me parecía fascinante poder estudiar algo tan chiquito como el núcleo atómico, y que el ser humano pudiera conocer algo tan inasible”.

Con la tesis avanzando contra viento y marea, pero sin finalizar porque no faltaron los problemas de equipamiento y ¡hasta cortes de luz que le impidieron utilizar los servicios de la primera computadora que había ingresado al país, Clementina!, sus profesores lo estimularon para que pidiera una beca al Conicet para ir a perfeccionarse en el exterior. En 1965 viajó al **Brookhaven National Laboratory**, en Nueva York (una estadía que se prolongaría hasta 1970 porque en el medio se produjo la tristemente célebre “noche de los bastones largos”), y otra vez entre 1986 y 1989. Allí, comenzó a manifestarse su talento innovador: desarrolló el primer método automático para analizar espectros nucleares [un algoritmo capaz de identificar automática-

mente los picos de energía en un espectro gamma, tarea que hasta entonces se hacía a ojo]. La comunidad internacional lo bautizó **Mariscotti Peak Search** y las empresas de instrumentación nuclear todavía lo comercializan bajo ese nombre.

Poco después formuló el **modelo VMI (Variable Moment of Inertia)**, que describe cómo los núcleos atómicos se “estiran” a medida que rotan más rápido, un fenómeno que, curiosamente, su propio maestro Mallmann había sido el primero en señalar, veinte años antes, en el laboratorio de Argonne, en los Estados Unidos.

Con tres hijos y una carrera en ascenso en el extranjero, Mariscotti y su esposa Amalia decidieron volver a la Argentina “con la ilusión de poder hacer una contribución” en su propio país.

Ya en la CNEA, retomó la física experimental en el reactor RA-3, donde construyó el primer haz de neutrones que hubo en la Argentina, hasta que una inundación del hall del reactor lo obligó a suspender los ensayos. En paralelo, reflató un viejo ciclotrón que la generación anterior había dado por obsoleto y lo adaptó para estudiar estados rotacionales de núcleos atómicos. En 1971 ganó, ante un jurado internacional, el primer concurso de profesores titulares que se abría en la Facultad de Ciencias Exactas desde 1966. Tenía poco más de treinta años. Gracias a eso y a que siguió trabajando en la CNEA, pudo formar con sus mejores estudiantes un grupo que llegó a publicar, en colaboración con Brookhaven, más papers que ningún otro equipo externo de ese laboratorio.

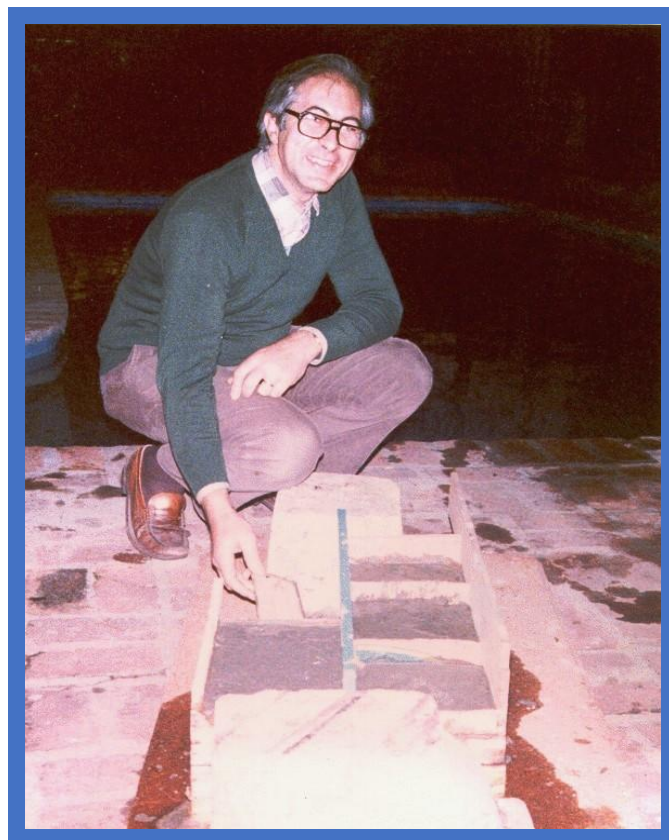


Ese impulso se cortó de golpe en 1974, cuando los vaivenes políticos de la época terminaron desplazando a buena parte de los profesores incorporados en los años previos. Mariscotti quedó, en sus palabras, “en la calle y sin un mango”, con cuatro hijos, y treinta y cuatro años. Después de estadías breves en Alemania e Inglaterra, volvió con una idea fija: la Argentina necesitaba un laboratorio de nivel internacional, a la altura de Brookhaven o del Forschungszentrum Jülich alemán. El 3 de octubre de 1975, en el peor momento imaginable, en medio de la debacle final del gobierno de Isabel Perón, se reunió con sus colegas del Departamento de Física de la CNEA y decidieron impulsar el proyecto de un nuevo acelerador de partículas.

“Nos dijimos a nosotros mismos que era una locura, pero algunos de nosotros insistimos”, recuerda. De esa reunión, nació el Tandem, el acelerador de iones pesados más grande de América Latina, inaugurado en 1986 y ubicado en el Centro Atómico Constituyentes, todavía en funcionamiento y claramente visible desde la Avenida General Paz.

En 1984, fue designado para dirigir el **área de Investigación y Desarrollo de la CNEA**, un área que integraban 1.200 personas, 500 investigadores y 200 grupos de trabajo (todos los de ciencia básica del Balseiro, de Ezeiza y de la sede central), y que además incluía las plantas de uranio enriquecido y de plutonio. “Fueron años de hiperinflación y presupuestos que nunca se aprobaban a tiempo, pero para mí, una experiencia maravillosa y un privilegio”, confiesa, aunque debió atravesar una inflación anual de

1000% y dificultades de todo tipo, pero que no alcanzaron a empañar una época de logros compartidos. En 1988, incómodo con algunos cambios internos y después de casi treinta años en la institución, decidió renunciar a la CNEA y entrar a trabajar a la empresa de telefonía de un amigo, **“Con muchas dudas y mucha tristeza, porque sentía que estaba tirando por la borda treinta años de física nuclear”**, confiesa. Sin embargo, fue justamente ahí, en una obra de tendido de cables, donde un capataz le pidió ayuda para verificar si una contratista los había estafado con el hormigonado de un túnel bajo las vías del tren. Se le ocurrió introducir una fuente radiactiva en los caños e ir midiendo cuánta radiación llegaba a la superficie con un contador Geiger, ya que había calculado que con solo 10 cm de hormigón la diferencia iba a ser sustantiva. Este episodio, sumado al derrumbe de Pinamar cuatro años después, le abriría el camino hacia su segunda carrera.



Además de 70 publicaciones en revistas con referato internacional en física nuclear, le permitiría ser titular de cuatro patentes en la Argentina, dos en los Estados Unidos, y una en China, Japón, México, Brasil y Europa.



Hoy, a los 86 años, sigue tan activo como siempre, en contacto con colegas de **CNEA y Exactas/UBA**, y sobre todo yendo cada día al sótano de su casa, donde funciona la sede de **Thasa** desde hace más de tres décadas, y está trabajando en el desarrollo de un nuevo tomógrafo de hormigón totalmente automatizado, asistido por inteligencia artificial.

Con treinta años en el sistema público, durante los cuales fue uno de los protagonistas sobresalientes de la construcción de varios de sus organismos fundamentales, y otros tantos al frente de una empresa propia, Mariscotti puede ufarse de haber tenido una visión de 360° del escenario científico local.

Y no solo eso: también es autor de 30 publicaciones sobre política científica, divulgación y física aplicada. Entre ellas, varios libros sobre historia de la ciencia argentina,

uno de los cuales es *El secreto atómico de Huemul*. Crónica del origen de la energía nuclear en la Argentina, que lleva cinco ediciones y en el que reconstruye la saga del austríaco Ronald Richter que dio lugar a la creación de la CNEA, Invap y el Instituto Balseiro.

Además, desde hace siete años, se embarcó en la escritura de una obra sobre la historia de la CNEA y de INVAP, que espera publicar próximamente.

“Es muy importante que los argentinos conozcan esta experiencia”, destaca. En sus páginas reconstruye tanto los logros pioneros en la región (como el reactor RA-1, la producción nacional de circonio, la fabricación de elementos combustibles cuando Canadá cortó unilateralmente la transferencia tecnológica), como los momentos más duros de la institución, incluida la desaparición de compañeros durante la última dictadura.

Casado con Amalia desde los años universitarios, tiene cuatro hijos y una decena de nietos que “ya casi son veinte, porque la mayoría están formando pareja”, comenta con una sonrisa. Todos ellos se reúnen los fines de semana en su casa de las afueras de Buenos Aires.

Al repasar más de seis décadas entre laboratorios, aulas, despachos oficiales y, ya de grande, con una empresa propia, reflexiona: “Tengo mucha suerte. Me siento agradecido con la vida”. Y agrega, sin necesidad de que se lo pregunten, la convicción que atravesó su historia y sigue guiándolo: “Tenemos que tener un poco más de fe en nuestras capacidades, porque al final de cuentas el futuro del país pasa por ahí, por usar el conocimiento, la inteligencia”.

